

Páginas Ilustradas

Año I

Propietarios: Calderón Hermanos

N.º 5

DIRECTOR. Próspero Calderón * * * ADMOR. A. Argüello O.

Romances y Concherías

A AQUILEO J. ECHEVERRÍA

En urna de afección, bajo áurea llave,
De tu aderezo ideal pondré el tesoro;
Pero permite ¡oh trovador canoro!
Que de tus joyas el primor yo alabe.

Tu estro inimitable, dulce ó grave
Incrusta entre sus ritmos perlas y oro,
Zafiros y rubís ¡Laúd sonoro!
¡Quien hondo siente preludiarlo sabe!

Hay pasión y ternura en tu poesía,
Que esplende en imágenes chispeantes
Colmando el alma de emoción al leerlas.

Cada romance tuyo ¡Quién diría!
Es filón de riquísimos diamantes,
Y cada conchería matriz de perlas!

FRANCISCO SERRANO

San José, Febrero de 1904.

BOCETOS RAROS

Eugenia

Por Ramón Zelaya

Los miembros del *Club del Parque* tenían quizá el presentimiento de que aquel había de ser el último baile anual de su asociación.—En ninguno de los anteriores habían desplegado tanta pompa oriental, inusitada, ni se habían resuelto á un derroche de lujo tan locamente deslumbrador en todo, en decorado, en armonías ideales, en los trajes exóticos y en opulentas pedrerías.—

El gran *chalet* del Club, sito en el centro de un parque inmenso de pertenencia particular, era, propiamente, un palacio árabe construido por algún arquitecto —poeta.—

En el piso bajo, los salones amplios de baile alternaban con la coquetaría de reducidos *fumoirs* chinoscos y con sugestivos saloncitos de conversación, entapizados unos de azul, otros de rosado, de verde-claro, de blanco y oro.

Todas esas piezas se comunicaban por floridas galerías, en cuya extensión las palmeras naturales formaban arcos de triunfo á las elegantes parejas que circulaban envueltas en los perfumes y en el ensueño del *flirt* parisiense.

Después venían los lujosos comedores, que se extendían en todo el lado Oeste del *chalet*, y en los cuales la vajilla de plata macisa tenía como claro-oscuro la nitidez de la porcelana de Sévres.

Más allá estaban las indigestas despensas.—Y en todas partes, en cada esquina, alagaban el sentido estético grupos soberbios de bronce ó mármol, gloriosas desnudeces firmadas por los artistas más á la moda.—

El piso alto lo ocupaban en su totalidad, voluptuosos dormitorios, últimos *boudoirs* que han existido en París, copias maravillosas de los templos erigidos á Amor por las grandes cortesanas de los mejores tiempos, las de Montepan, las de Pompadour, las Tallien.

El baile, como los años anteriores, era de fantasía ó *travesti*.—Y cada una, como cada uno, ponía todo su empeño—por la misma libertad de las aventuras que allí se corrían—en evitar que nadie, ni aún los mismos íntimos, pudieran reconocer la identidad de su persona.—Para ese fin, los mismos coches de propiedad particular—que generalmente llevaban el blasón correspondiente al título nobiliario de su dueño—cambiaban de color; los caballos también, y los cocheros, enmascarados, endosaban libreas árabes, mogolas ó turcas.—Durante toda esa noche, los fieles aurigas tenían la consigna de tornarse en estatuas: no se les oía modular una palabra, no podían toser, no estornudaban.—

El alma de la fiesta, como de todas aquellas en que su persona comparecía, era Eugenia de B., la mujer feliz que reunía los mejores títulos para dominar á París: la belleza incomparable, la juventud, la vivacidad ó *esprit* y la riqueza.

No tuvo, por consiguiente, el menor obstáculo, después de su rico matrimonio, para tomar posesión del trono de reina en ese mundo de refinados y de aburridos que se agitan en la *alta parranda* parisiense!

No sólo por su belleza le rindió homenaje la gloria. Tenía, en su carácter, tantas rarezas, que éstas solas habrían bastado para poner á sus pies de hinojos la caprichosa notoriedad.

Al revés de las medianías, que se viven temerosas de ser obscurecidas por el verdadero mérito, Eugenia se complacía en reunir á su lado, en vivir

en medio de un círculo de las más lindas mujeres, Evas esculturales que parecían nacidas de la colaboración del soplo divino que nos da el alma y del mágico éncel de Praxiteles.

Bastará citar á la joven condesa de Mercy—Argenteau, á la Bartholoni, á la Pereira, todas amigas casadas, jóvenes, ricas y maravillosamente bellas, para comprender que semejante corte no la tuvo nunca Venus, ni la misma Diana.—

Y así, nada de extraño que las fiestas, que los juegos, los entretenimientos acostumbrados en casa de Eugenia fueran casi únicos en la Historia Universal, apenas conocidos por los pueblos artistas de la vieja Grecia.

Había juegos de prendas que, más propiamente, eran juegos de amor.—Bailes floridos que se terminaban en espléndidas apoteosis á Eros. Sobre todo, de cuando en cuando, se daban cuadros vivos, en que aquellas diosas sobrehumanas hipnotizaban á los escogidos espectadores con la inefable contemplación de sus formas heréticas á fuerza de ser perfectas, criaturas hechas de luz como las auroras que alegran diariamente á los mundos, cuerpos amasados con pétalos de jazmín y botones de rosa, blancos y desnudos como un lucero!

Inevitablemente, aquellas fiestas eran un emporio de adulterios de buen tono, de duelos caballerescos y misteriosos, de aventuras extraordinarias.

Una como inconciencia de ensueño poseía á aquella gente sonámbula.—Y cuando, en un baile, en un *garden-party* corría la noticia de que algún general, miembro del Club, algún Conde francés ó extranjero había recibido una bala en el corazón ó en la cabeza en un duelo cualquiera, alguna que otra pregunta de curiosidad se dejaba oír; ó bien, alguna sonrisa significativa se dibujaba, graciosa, en alguna boca rosada, y eso era todo: la fiesta seguía.—

Eugenia gozaba prodigiosamente—como testigo—en esos refinamientos sutiles de la infidelidad de sus bellas amigas, los provocaba, los paladeaba con éxtasis, tal un buen catador de vinos bebe muy poco á poco, saboreándolo, un vasito de algún precioso licor!

Decir que era simple testigo, no es por metáfora; pues esa era, precisamente, otra de sus rarezas. Verdadera responsable de la infidelidad de sus amigas, ella no mordió nunca la manzana del adulterio.—Adoraba el *flirt*, lo manejaba como nadie en el mundo, le encantaba ver á sus pies á los hombres pataleando de amor. Pero cuando advertía que su galante adversario estaba ya intoxicado de una beata adoración por ella, hasta estar á punto de.... faltarle al respeto, lo abandonaba cruelmente, se iba á buscar otra víctima, para comenzar otro idilio, que tampoco había de tener desenlace.—

El alma del baile, pues, en el *Club del Parque*, como de todos aquellos en que su belleza se presentaba, era la bella Eugenia.—Su traje era el de Cleopatra, que le sentaba muy bien, á causa de la irresistible voluptuosidad que respiraba toda su persona.—Tenía una máscara que reproducía las facciones de la gran amorosa, tal como las describe la leyenda.—Estaba incoñocible.—

Sin embargo, el Príncipe Fernando de L., que desde muchos meses antes no dormía ni comía por pensar continuamente en ella, la reconoció.—Y dando curso á la audacia que autoriza el incógnito, como á la una de la mañana la sacó á bailar, entró en requiebros con «su incomparable desconocida», libaron algunas espumosas copas.—

En fin, sintiéndose con más valor, ó quizá estimulado por su espiritual compañera, al pasar por delante de un grupo de mármol de *Daphnis y Chloe* uniendo sus labios, el Príncipe Fernando le pidió un beso.

Eugenia tuvo un ligero sobresalto, apenas percibido por su compañero.—Mas de seguida, dueña de sí misma, replicole con serenidad y mostrándose dudosa de si le concedería ó no lo que solicitaba:

—¿De veras?—Y qué haría usted si yo consintiera en acordarle esa gracia?

Lleno de ardor y con fuego en los ojos, el Príncipe le tomó una mano, se la apretó entre las suyas, y con una expresión de súplica suprema, le dijo:

—Por un beso de usted, yo daría hasta la vida!

—Ah?, exclamó ella mirándolo fijamente.—

Un relámpago extraño pareció iluminar la mirada de aquella mujer ideal.—Y después de observar á su alrededor, como para cerciorarse de que nadie había escuchado aquel diálogo, Eugenia agarró nerviosamente al Príncipe por una mano, se lo llevó á través de una galería, tornaron después á la izquierda, llegaron, por fin, á un saloncito rosado y solo, se levantó ella con resolución la máscara, le presentó el rostro y le dijo, casi imperiosa:

—Bésemelo usted.—

Como un viajero del desierto que encuentra inesperadamente una fuente pura, así el Príncipe con evidez, tomó entre sus manos aquel rostro divino, le aplicó dos besos de fuego, y cayó sentado en un sofá, como en un éxtasis de felicidad!

—Ahora, ya sabe usted lo que le queda que hacer, terminó Eugenia, bajándose nuevamente la máscara, y lo abandonó.

..

A las cinco de la mañana, en los comedores del *Club del Parque* reinaba la algazara ideal del *champagne* y de las risas joviales de las mujeres más lindas del mundo.—Después del baile, después de las aventuras fantásticas de aquella noche de bacanal, las máscaras habían caído y los miembros del Club estaban todavía en la mesa de los manjares.—

De repente, en uno de los comedores, un pequeño murmullo se produjo, seguido de alguna que otra pregunta de curiosidad.

¿Qué era?

Que uno de los sirvientes vino á decir, que el Príncipe Fernando de L. se acababa de suicidar.

Y la fiesta siguió!—



Tu nombre

Una mañana del helado invierno,

Al abrir mi ventana,

Observé que el ambiente en los cristales

Poco á poco al tocar se condensaba;

Y como en ese instante, amada mía,

En nuestro amor pensara,

Escribí en el cristal tu nombre y luego

Añadí conmovido: ¡Ingrata, ingrata!

Después pensando me quedé en lo mucho

Que sufro por tu causa,

Mientras tu nombre, ante mi vista escrito,

Se iba despacio convirtiendo en lágrimas.

ERNESTO LEÓN GÓMEZ.

Braulio Carrillo y F. Morazán

PARA LA HISTORIA

DECRETOS DEL GOBIERNO DE COSTA RICA

DECRETO CLIV

N.º 16

JOSÉ MARÍA CASTRO PRESIDENTE DE COSTA RICA ETC.

Teniendo en consideración:

- 1.º—Que es un deber de los Gobiernos civilizados honrar la memoria de los varones célebres.
- 2.º—Que el General Francisco Morazán legó sus restos mortales al Estado del Salvador; y
- 3.º—Que el Gobierno de Costa Rica fiel amigo y aliado de aquel país hermano, desea darle claros testimonios de distinguida consideración y aprecio, decreto.

Art.º 1.º—Los restos mortales del General Francisco Morazán serán exhumados el día 27 del presente mes, y puestos en una urna funeraria, que será depositada en la iglesia matriz de esta capital.

Art.º 2.º—Se harán exequias de cuerpo presente en la antedicha iglesia matriz el día cuatro de Diciembre próximo á las cuales concurrirán el Gobierno Supremo, las Corporaciones y empleados.

Art.º 3.º—Los restos mortales del General Morazán serán oportunamente entregados con solemnidad al Gobierno del Salvador. Dado en la ciudad de San José á los seis días del mes de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho—José María Castro—El Ministro de Relaciones y Gobernación, Joaquín Bernardó Calvo.

DECRETO CLII

N.º 14

«José María Castro Presidente de Costa Rica etc.

Teniendo en consideración: 1.º que es un deber de los pueblos honrar la memoria de los hombres ilustres que les consagraron sus servicios:

- 2.º—Que Don Braulio Carrillo ha fallecido fuera de la República después de haberla gobernado como Jefe del Poder Ejecutivo; y
- 3.º—Que la conservación de sus cenizas corresponde á su patria, decreto:

Art.º 1.º—Los restos mortales del Ex-Presidente Carrillo, serán trasladados con solemnidad á esta capital, luego que se haya obtenido el permiso correspondiente del Gobierno del Salvador, donde reposan.

Art.º 2.º—Los enunciados restos mortales serán puestos en una urna funeraria, la cual se colocará en la Iglesia matriz de esta capital.

Art.º 3.º—Se harán exequias de cuerpo presente con asistencia del Gobierno Supremo, de las corporaciones y empleados.

Art.º 4.º—Un decreto posterior señalará el templo ó campo sagrado donde deba elevarse el mausoléo que se destine á recibir aquellos venerables restos.



Un grupo de campesinos en un día de mercado

Dado en la ciudad de San José á los seis días del mes de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho.—José María Castro. El Ministro de relaciones y gobernación, Joaquín Bernardo Calvo.»

El decreto referente al General Morazán fué cumplido fielmente, pues en las fechas mencionadas se hicieron la exhumación y exequias, con las debidas solemnidades.

El Gobierno comisionó á los señores Coronel don José María Cañas y Presbítero don Ramón María González para que condujeran la urna que contenía los restos mortales del General Mo-

razán y el domingo 14 de Enero de 1849, día de «El Dulce Nombre de Jesús,» zarzó de Puntarenas el Bergantín goleta ecuatoriano «Chambon» con rumbo á Acajutla, llevando dicha urna y á los Comisionados.

El día 27 de Enero del mismo año, el Sr. Cañas dirigió al Gobierno de El Salvador la siguiente comunicación:

«Acajutla, Enero 27 de 1849.—Sr. Ministro de relaciones del S. G. del Salvador.

A bordo del B. goleta «Chambon» que ancló ayer en la rada de este puerto traigo los restos venerables del *Benemérito é ilustre Jeneral Francisco Morazán*, que el Supremo Gobierno de Costa Rica me ha encargado para entregarlos al Supremo del Salvador.

Al intento, tengo el honor de acompañar á U. el adjunto pliego que contiene el aviso de mi comisión y espero de U. que después de dar cuenta de todo al Sr. Presidente de este Estado, se digne participarme sus órdenes para la entrega de la urna que contiene aquel sagrado depósito; no omitiendo agregarle que estoy dispuesto á hacerlo á bordo del referido buque, en tierra ó en esa capital según lo disponga el Supremo Gobierno.

Aprovecho, Sr. Ministro, la ocasión presente para ofrecer á U. el aprecio y sincero afecto con que me suscribo su muy atento servidor.—José M.^a Cañas.»

El adjunto pliego de que trata la nota anterior es el siguiente:

«Centro América.—N.º 3.º.—Ministerio de relaciones de la República de Costa Rica.—Casa de Gobierno.—San José.—Enero 8 de 1849.

Señor Ministro de relaciones exteriores del Supremo Gobierno del Estado del Salvador.

El General Presidente de esta República deseoso de honrar la memoria del *Benemérito Jeneral Francisco Morazán* y de contribuir de alguna manera á que el gobierno de ese Estado satisfaga su deseo de conservar en esa ciudad capital las cenizas de tan ilustre centro-americano, espidió el decreto adjunto.

Después de llenar debidamente lo dispuesto en el artículo 2.º de dicho decreto, de conformidad con lo prevenido en el artículo 3.º S. E. ha acordado: que el Bergantín goleta «Chambon» zarpe de Punta-arenas para el Puerto de Acajutla con el exclusivo objeto de conducir la urna que contiene los restos mortales del Jeneral Morazán; y que los señores Coronel D. José María Cañas y Presbítero D. Ramón María González comisionados con quien es su Escelencia tiene á bien dirigirla han de entregar á ese S. G. junto con el espediente que comprueba la identidad de dichos restos.

Ruego á Us. se sirva dar cuenta con ésta nota al Escelentísimo Señor Presidente de ese Estado por quien el de ésta República siente muy fuertes simpatías.

Dígnese aceptar Us. las consideraciones del distinguido aprecio con que tengo la honra de suscribirme su atento y obediente servidor.—Joaquín Bernardo Calvo.»

La contestación que se dió á los comisionados fué la siguiente: «Señor Coronel D. José María Cañas.—Casa de Gobierno: San Salvador, Enero 30 de 1849. —Adjunta á su muy estimable carta oficial de 27 del que fina he tenido el honor de recibir la que con fecha 8 del mismo se sirvió dirigir á este Ministerio el de Relaciones del Supremo Gobierno de Costarrica, dando aviso de remitir con U. y el Presbítero Señor D. Ramón M. González los venerables restos del *ilustre Jeneral Francisco Morazán* para contribuir de alguna manera á que este Supremo Gobierno satisfaga su deseo de conservar las cenizas de tan esclarecido Centro Americano.—El Sr. Presidente del Estado á quien di conocimiento de ambas comunicaciones, me ha prevenido dar á U. en su nombre las más expresivas gracias por el jeneroso ofrecimiento que se sirve hacerle de entregar tan precioso depósito en el punto que tenga á bien designarle, manifestándole al propio tiempo que por no tener antecedentes de este paso que tanto aprecia, nada se había preparado para verificar el recibo de tan caras cenizas y su traslación á ésta Capital con toda la pompa y solemnidad debida á la memoria del héroe á que pertenecen.—Que por tal motivo y que por hallarse el Sr. Gobernador de ese Departamento en la Ciudad de Santa Ana ha comisionado á la Municipalidad de Sonsonate para que asociada del Sr. Comandante de aquella plaza pase á recibir á ese puerto la urna que contiene aquellos restos sagrados esperando que U. tendrá la bondad de entregarlos, con el espediente en que consta su identidad.—Como el S. G. de Costarrica expresó que el arribo del Bergantín Goleta Chambon á ese puerto no tiene otro objeto que el de dar á el del Salvador este testimonio de su amistad y benevolencia y no sería justo dejarlo gravado con los gastos ocasionados en el viaje de dicho buque, el Sr. Presidente espera que U. tendrá la bondad de manifestar la suma á que asciendan para acordar el pago y la manera de ponerlo en manos de U.—Desea igualmente dar á los señores Comisionados del S. G. de Costarrica un testimonio de su gratitud por el servicio importante que acaban de prestar al Salvador, y le sería muy grato llenar tan justo deseo si UU. no tuviesen inconveniente para pasar á esta capital.—Aprovecho gustoso esta oportunidad para ofrecer á U. por la primera vez el aprecio y respetuosa consideración con que me hago el honor de suscribirme su muy atento y deferente servidor.

Juan José Bonilla.»

(Continuará.)

El Sabor de la Sangre

¡Aquí, Velleda!... Aquí inmediatamente!...

A la voz del amo tan solo contestó un rugido.

—Aquí en el acto!

A los pocos instantes adelantó un paso una hermosa tigre, que al dar un prolongado bostezo, mostraba sus afilados dientes.

—Tengo miedo!—exclamó retrocediendo precipitadamente una mujer joven y bella, á quien su huésped quería presentar la fiera.

—No se asuste usted. Si es un cordero!...

Y mientras nuestro hombre hablaba, no dejaba de acariciar á la bestia.

—Y no teme usted que le muerda?—preguntó la joven.

—¡Morderme! no, señora!...

—Sin embargo, el tigre es un animal muy terrible.

—Si, en estado salvaje ó cuando se le alimenta con carne.

Pero cuando, como ocurre con Velleda, se la coge al nacer y se le alimenta exclusivamente con leche, se convierte la fiera en un amigo dócil y fidelísimo.

—No obstante, tengo miedo y me retiro.

No quiero ser devorada en la flor de mi juventud. Adiós!

—Adiós!...

Apenas estuvo fuera la joven, exclamó su amigo sonriendo:

—¡Pobre Velleda! ¡Cómo te calumnian!

¡Pobre Velleda!

Durante largo rato jugó con la fiera, y cansado al fin se sentó ante su mesa con las piernas separadas y el brazo izquierdo pendiente.

El animal estaba echado junto á su dueño, él acariciaba á Velleda con las llemas de los dedos.

Con la mano que le quedaba libre prosiguió el joven la carta que había comenzado á escribir á su madre, y se engolfó en su agradable tarea.

Una penosa melancolía se iba apoderando de su ánimo al evocar aquellas lejanas ternezas. Veíase abandonado en remotas tierras, y al notar que Velleda le lamía la mano cariñosamente, pensó que en aquellas regiones, donde residía, no había encontrado más amistad que la de una tigre.

De pronto un escozor en los dedos le despestó de su sueño. Las caricias de Velleda empezaban á hacerle daño.

Quiso retirar el brazo, pero las patas del animal se lo impidieron.

Nuestro hombre se volvió precipitadamente, poseído de grandísima alarma.

Con los ojos encendidos, el pelo erizado y las garras salientes, la fiera no abandonaba la mano de su amo, manchada ya por algunas gotas de sangre.

El infeliz viajero tuvo la intuición inmediata de que estaba completamente perdido.

La tigre había probado la sangre y su acre sabor despertaba todos sus instintos. Por lo tanto, disputaba la presa que deseaba con toda la fuerza de su imperiosa naturaleza.



SAN JOSÉ.—Vista cerca del Parque Central

El joven, pálido de espanto y con las sienas inundadas de sudor, comprendía que al menor movimiento practicado para retirar el brazo, la bestia ávida de sangre se presipitaría sobre él.

El desdichado no se atrevía á levantar la voz, apelando á su antigua autoridad, y se limitó á decir cariñosamente:

¡Suéltame, Velleda!... ¡Suéltame!

Pero el animal, sin hacerle caso, respondía á su amo con terribles rugidos y nuevos y más profundos arañazos.

El joven comprendió que todo había concluido y que estaba á punto de ser devorado por la fiera.

Todo esfuerzo por defenderse hubiera sido inútil, y si hubiese gritado nadie habría oído sus voces.

—¡Velleda!... ¡Por piedad!... ¡Suéltame, hija mía!

De pronto se iluminó el rostro de la víctima. Nuestro hombre acababa de entrever la posibilidad de su salvación. En uno de los cajones de su mesa tenía un revólver.

Todo era cuestión de tiempo.

Con gran cautela, á fin de que la bestia no creyese que trataba de oponer resistencia, alargó el brazo libre é introdujo la mano en el cajón, que registró con muchas precauciones, con el objeto de hacer el menor ruido posible.

De repente latió con extraordinaria fuerza su corazón. Sus dedos acababan de encontrar el arma.

Dueño absoluto de sí mismo y convencido de que la lucha se igualaba y de que de ella podía salir vencedor, apuntó á la sien del animal y disparó....

Velleda lanzó un rugido tan terrible que vibró en toda la casa, y como una masa inerte cayó muerta sobre la estera de amarillento junco, que manchó con su negra sangre.

DANIEL RICHE

* * * * *

Hay períodos en la vida en que todo nos falta á la vez, como otros en que todo nos es favorable, sin que haya necesidad de invocar la palabra casualidad.

Lo que se llama suerte, en sentido de probabilidad y éxito, resulta de una relación exacta entre nuestras fuerzas y las circunstancias, casi independiente de nuestra voluntad.

PAUL BOURGET.

—Nunca ames demasiado, el mucho fuego,

Va al olvido flechado.

Pues bien, dijo ella, aunque me olvides luego

Amame demasiado.

CAMPOAMOR

Concebir el crimen es más que cometerlo; es cargar á sangre fría con su responsabilidad, sin tener la disculpa del frenesí que lo hace concebible.

LAMARTINE

Los racionalistas modernos llaman al crimen desventura: día vendrá en que el Gobierno pase á los desventurados, y entonces no habrá otro crimen sino la inocencia.

DONOSO CORTÉS

Las Cuatro y Tres Cuartos

Comedia en un acto y en prosa

por

CARLOS GAGINI

(Continuación)

ESCENA IX

Rochefort, luego Germán

Roch. — ¡Y yo que lo dudaba todavía! ¡Necio de mí! (*pausa*) ¡Germán! Germán! ¿Dónde demonios se habrá metido ese animal? ¡Mil bombas!

Germ. — (*Agitado, por la derecha, 2.º término*). Mi Coronel..... señor!

Roch. — ¿Qué significa ese disfraz, majadero?

Germ. — (*Dejando el sombrero y la regadera*.) Señor.... es necesario.... absolutamente que entremos.... ya vienen (*con misterio*.)

Roch. — ¿Quiénes vienen, idiota? ¿Y á mí que me importa?— ¡Pronto! Sube á mi cuarto y prepara las maletas. Esta noche partimos para París y mañana nos incorporamos al ejército. Nos volvemos á Africa.

Germ. — Señor, le ruego que venga con migo.... urgentemente, inmediatamente. ¡Si usted supiera!

Roch. — ¿Qué?

Germ. — (*Mirando hacia el jardín*). ¡Por Dios! que ya vienen! Se trata de la señorita.

Roch. — ¡De Irene!

Germ. — Sí, mi Coronel: una cosa espantosa.

Roch. — ¿Hablarás por fin, con dos mil de á caballo?

Germ. — No, aquí no.

Roch. — Entremos, pues. ¿Se habrá vuelto loco este muchacho? (*Vanse*.)

ESCENA X

Doña Isabel, Verteuil, Pantu (Por la izquierda)

Vert. — ¡Preciosa quinta! ¿Y hace mucho tiempo que habita usted en ella, señora?

D. Is. — Tres años, desde la muerte de mi esposo.

Vert. — ¡Qué agradablemente se deslizará en ella la vida! Es un verdadero paraíso.

Pant. — ¡Oh! es una posesión valiosísima: las cuerdas, los parques, el huerto, todo vale un dineral: solamente el jardín lo estimo en cien mil francos. (*Verteuil le dirige una mirada furiosa*.)

Vert. — Pero hay algo que vale mucho más que la finca: el corazón de su dueño. ¿No es verdad, doña Isabel? (*Se sienta*.)

D. Is. — Tiene usted razón. ¡Ah! Irene y yo jamás podremos pagar la inmensa deuda de gratitud que tenemos con Rochefort. Usted no puede figurarse la bondad de ese hombre: á la muerte de mi marido se encargó de nosotras, de atender á todas nuestras necesidades: y al dispensarnos su protección procede de un modo tan franco, noble y

delicado, que aquí mismo, en su propia casa, él parece el huésped y nosotras las amas.

Vert. — ¡Excelente caballero! La fatalidad me ha privado del placer de encontrarle aquí cuando he venido de visita; pero hoy tendré el honor de estrechar su mano, y cuando nos tratemos creo que seremos buenos amigos.

Pant. — (*Con intención*). Sin duda: las almas grandes se comprenden de lejos. (*Verteuil le dirige una mirada furiosa.*)

D. Is. — Ya no debe tardar. En este momento debe estar hablando con Irene, pues en su calidad de tutor, mejor dicho, de jefe de la familia, á él le corresponde consultar el parecer de mi hija y comunicárselo á usted.

Vert. — ¡Ojalá que el coronel no haya participado su intención á la señorita Irene! Como indiqué á usted hace un instante, mi delicadeza me impide aceptar la generosa oferta del señor Rochefort.

Pant. — (*Ap.*) Señor conde, son las cuatro y media.

Vert. — Quiero á Irene pobre: lo que poseo es suficiente para rodearla ya que no del lujo y la abundancia en que vive aquí, á lo menos de las comodidades que se deben á una señorita de su educación y de su clase. Quiero á Irene pobre, á fin de que por su mente no pase ni la sombra de una sospecha sobre la rectitud de mis intenciones, y que siempre pueda estar segura de la pureza de mi amor. ¿No se lo advirtió usted así al coronel?

D. Is. — Usted no conoce á Rochefort. Cuando le comuniqué las intenciones de usted y su desinterés, se puso furioso. Su resolución de dotar á Irene es formal; y cuando vuelve una cosa, nada es capaz de hacerle cambiar de opinión. Si usted no quiere ocasionarle un profundo disgusto, no se empeñe en disuadirlo y confórmese con lo que él disponga.

Vert. — (*Hipócritamente*). ¡Cómo ha de ser! No hablaremos de eso; sin embargo, preferiría de todo corazón que prescindieramos del dote. ¡Son tan enojosos los asuntos de dinero!

Pant. — (*Con malicia*). ¡Y tan enojosos! Es lo que yo siempre estoy repitiendo á mi amigo Verteuil.

Vert. — (*Ap. á él*). ¡Canalla!

D. Is. — Ya tenemos aquí al Coronel.

(*Continuara.*)

Es la mujer (en Téocrito me fundo),
La más bella desgracia de este mundo.

El amor, de la vida en la jornada,
Es una endecha en volapuck cantada.
La vida es hoja en blanco, niña bella,
Y Dios escribe en ella.

RICARDO PALMA

Bohemia

Llegaron mis amigos de Colegio,
Y absortos vieron mi cadáver frío,
¡«Pobre!»... exclamaron, y salieron todos;
Ninguno de ellos un adiós me dijo.

Todos me abandonaron. En silencio
Fuí conducido al último recinto.
Ninguno dió un suspiro al que partía,
Ninguno al cementerio fué conmigo.

Cerró el sepulturero mi sepulcro;
Me quejé, tuve miedo y sentí frío,
Y gritar quise en mi cruel angustia,
Pero en mis labios expiró mi grito.

El aire me faltaba, y luché en vano
Por destrozar mi féretro sombrío:
Y en tanto..... los gusanos devoraban,
Cual suntuoso festín, mis miembros rígidos.

¡Oh, mi amor!... dije al fin, y me abandonas?
Pero al llegar su voz á mis oídos
Sentí latir el corazón de nuevo
Y volví al triste mundo de los vivos.

Me alcé y abrí los ojos, ¡Como hervían
Las copas de licor sobre los libros!
El cuarto daba vueltas, y dichosos
Bebían y cantaban mis amigos!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



Tras los montes

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
Más nido que su amor ¡dulce bien mío!
Pájaro errante que á buscarte viene
Empapadas las alas de rocío.
Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
Hierven las aguas del arroyo inquieto
Y extienden las encinas en la selva
Sus inmóviles brazos de esqueleto.
El valle con la noche se ennegrece:
Duermen las flores y las fresas rojas,
Y á veces la luciérnaga parece
Una lágrima de oro entre las hojas.
Huyen las aves con medroso vuelo
Rozan sus alas la campiña muda,
Y negra nube atravesando el cielo
Como gigante víbora se anuda.
¡Oh! que negra es la noche de la vida:
¡Que largo este camino! casi muerta
El ave de mi alma entumecida
Ha caído sin fuerzas en la puerta.
Abrele! que en sus alas han caído
Las hojas, secas ya; de sus amores
Todas las tempestades del olvido
Y la llama de todos los dolores.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

Nuestros abonados habrán extrañado que en las últimas ediciones de esta Revista ha disminuido el número de grabados, y como quiera que á ellos y al público en general debemos una explicación, la hacemos de la siguiente manera:

Cuando empezamos la organización de esta empresa contábamos con pocos materiales para la ejecución de fotograbados. A su debido tiempo hicimos un pedido á los Estados Unidos, y por vapor Alleghany, en 3 de Enero último, llegaron aquellos á Puerto Limón.

Los derrumbes verificados en la línea del Ferrocarril de Costa Rica, impidieron que á tiempo recibiéramos dichos materiales.

Como se ve, han sido motivos de fuerza mayor, los que nos han obligado á reducir el número de fotograbados.

Hoy, que los expresados materiales están en nuestro poder, podemos asegurar que *Páginas Ilustradas*, ofre-

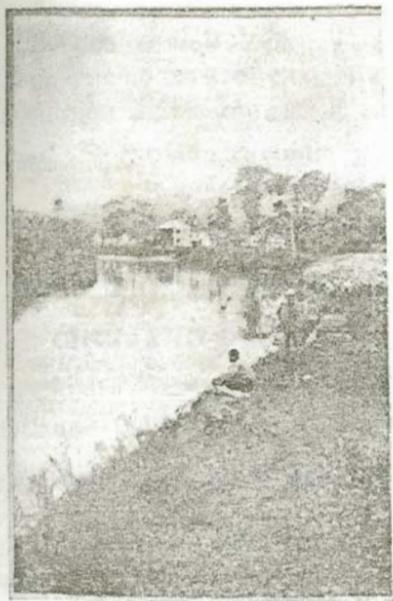


Fot. Rudd. Otra vista en Chirripó

cerá pronto gran variedad de ilustraciones,—correspondiendo así á la buena acogida que del público ha merecido—para lo cual cuenta con una magnífica colección de fotografías y dibujos.

Muy prósperos negocios deseamos á los señores Párraga, Sandoval y Cumplido, quienes han formado una sociedad comercial en Punta Arenas, siendo socio comanditario don Andrés Sandoval.

En la primera página publicamos el hermoso soneto de don Francisco Serrano, nuestro amigo y colaborador literario desde la época de *Costa Rica Ilustrada*, con cuya composición corresponde de manera correcta é inspirada, al obsequio de un ejemplar fina y cariñosamente dedicado que le hiciera nuestro inspirado Aquileo, de su última y genial obra poética *Romances y Concherías*.



Fot. Rudd.

Una vista en Chirripó

BAZAR DEL MERCADO

— DE —
JOSÉ ESQUIVEL

Extraordinario surtido de sacos de pergamino y oro, á precio de costo. Sombreros de pita á precios fabulosamente baratos. Gran surtido de mercancías y novedades de Europa y Estados Unidos. Renovación mensual de géneros, sombreros, rebozos, etc., etc.

SASTRERÍA

— DE —

Vicente Montero

Esmero en el trabajo.
Cumplimiento exacto en la entrega de las obras.



Surtido variado
de magníficas telas.

Dr. O. J. SILVA

CIRUJANO-DENTISTA

— * * * —

Oficina: Calle 18, Norte, N.º 184,
cien varas al Norte del Mercado.

HORAS DE DESPACHO

DE 8 Á 11 A. M. Y DE 1 Á 5 P. M.

San José, Enero 1.º de 1904.

TRASLADO

— * * * —

La tienda de Leiva & Mora avisa á su numerosa clientela y al público en general, que el día 31 de Marzo entrante se trasladará al local que queda en frente, que hoy ocupa el Almacén de muebles de D. Juan R. Mata.
San José, 1.º de Enero de 1904.

* EL ÁGUILA DE ORO *

— Y LA —

QUILLERÍA DEL GARMEN
de **NAPOLEÓN SOTO**

Son los establecimientos más conocidos de la capital, por sus bien surtidas cantinas, sus famosas Bicicletas, que es el trago más sabroso hasta hoy conocido.

Tienen un gran depósito del famoso vino de mesa **Domaine de Cato** á precios que otra casa no da.

* * * TINTORERÍA

Si quereis buenos trabajos en este ramo, acudid siempre á este establecimiento, el más conocido, moderno y acreditado del país.

Situado en la Cuesta de Moras.

¡ Se garantizan los trabajos !

¡ Precios al alcance del más pobre !

— Carlos Peralta, hijo.